

# EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Plaza de Cotina (antiguo local del Gobierno Civil)  
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 14 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1  
Fuera, trimestre. . . . . » 3  
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUM 754

DE ACTUALIDAD

## EL SUCESO DEL DIA

No es posible sustraerse a la influencia de lo que continúa siendo tema obligado de todas las conversaciones: la agresión de la noche del sábado en la redacción e imprenta de «El Diario» y los sucesos después acaecidos como consecuencia de aquel.

Discútese aun el número de los agresores: estos, según el periódico atropellado, ascienden a unos doscientos; según los informes oficiales, el grupo que entró por el portillo de San Antonio, lo constituirían unos cuarenta ó cincuenta individuos: según otras personas, de notoria imparcialidad, ascendería a unos sesenta ó setenta.

En nuestro concepto, no vale la pena de discutir este detalle, pues fuera el que quisiese el número de los que llevaron a cabo el inaudito atropello, ni se aminoraría su barbarie ni se rebaja su gravedad ni causará por ello menor indignación a todas las personas honradas.

Desde cuarenta, según el informe oficial, hasta quinientos, que se telegrafió a un periódico de Madrid, ha habido cálculos para todos los gustos: con todos ellos, nos parece y ha de parecer a todos el hecho igualmente abominable.

Ha merecido generales elogios de la opinión, el acto de protesta realizado ayer por los presidentes é individuos de las sociedades huertanas, contra el hecho criminal llevado a cabo por un puñado de locos, influidos seguramente por excitaciones que ojalá pudieran comprobarse y conocerse, para que la opinión pudiera juzgar con completo conocimiento de causa.

La visita de los dignos representantes de dichas sociedades, a la redacción del periódico atropellado y a las de los demás periódicos locales, es un acto que les honra sobremanera y que atestigua la condenación expresa y terminante que la huerta de Murcia hace, de un hecho en el que no ha podido intervenir ningún huertano conocedor de sus intereses y del respeto que merece toda opinión.

El hecho de haber sido puestos en libertad los presidentes y vicepresidentes de las sociedades huertanas, detenidos anteayer, ha sido generalmente aplaudido, pues a nadie cabía la menor duda de su no participación en el atropello realizado.

Falta completar la obra de justa reparación, levantando la suspensión que pesa sobre las referidas sociedades, cuyo respeto a las leyes es notorio y cuyos servicios a los intereses de la huerta son en alto grado eminentes.

## CALMA Y ESPERANZA

«El Imparcial» de Madrid dedica muy sentidas consideraciones al suceso de la noche del sábado, en su número llegado hoy a esta.

Dice así el popular periódico, cuya campaña en pró de nuestros huertanos, le hace acreedor al eterno reconocimiento de estos:

«La información complementaria del suceso lamentable ocurrido en Murcia, consigna que los huertanos protestan de haber sido autores de la agresión. La honradez aislada de aquellos laboriosos trabajadores les pone a cubierto de cualquier sospecha. Algun exaltado de los que nunca faltan en cualquier agrupación habrá acaso sido el promovedor de la violencia.

En estas circunstancias es necesario que la autoridad, al buscar a los culpa-

bles para imponerles el condigno castigo, no incurra en exageraciones, que serían contraproducentes y agravarían el conflicto.

Los huertanos deben mantenerse dentro de las líneas que marca el respeto a las leyes y esperar con confianza la solución del litigio.

Dentro de pocos días se reunirán las Cortes. En el Congreso hay una proposición de ley, ya dictaminada por la comisión, que podrá servir de base a la solución parlamentaria del pleito. El ministro de la Gobernación, a lo que parece, está animado de los mejores propósitos de neutralidad, y contribuirá cuanto sea posible a que esa discusión sea inmediata. Dos ó tres sesiones bien aprovechadas bastarían y los diputados por Murcia habrían de contribuir a que tras la debida discusión se llegase al acuerdo necesario.

Entre tanto, tengan todos calma y esperanza de que no han de ser atropellados intereses tan legítimos.»

INSTANTANEAS

## Los soldados

Esta mañana temprano he llevado una sorpresa viendo a varios murcianos vestidos de *caverneras*, porque los llama a las filas el ministro de la Guerra.

¿Qué sucede? No se sabe.

Ya que perdimos aquellas colonias ultramarinas después de tanta pelea y en esta piel de becerro de la península ibérica nos quedamos muy tranquilos sin temor a otras contiendas que las de los revoltosos partidarios de las huelgas, no deja Weyler *tonante*, que es el novísimo César, seguir en calma y reposo a las tranquilas reservas.

Quitar brazos al trabajo é instrumentos a la tierra y alimento a las familias y alegría a las doncellas son las movilizaciones que el gran general se inventa.

Y lo que más enristecea es pensar en que esas fuerzas tal vez sirvan, por desgracia, para hacer sangre en las huelgas, hoy los únicos combates que en España se presentan.

Yo he visto triste y llorosa a una mujer que se encuentra en luna de miel, a punto que a su marido se llevan; y entre sus justos sollozos y entre sus amargas quejas, hay que ver las maldiciones con la fé de una morena que a Weyler *movilizable* y a toda su parentela le está echando a cada hora al ver lo sola que queda.

Otra que estaba en las vísperas de ir con su novio a la iglesia y estuvo todo el verano sudando la gota negra por acabarse la corcha y sábanas y otras prendas, ahora le quitan al hombre que iba a casarse con ella, cuando principia el invierno y hace frío, mucho frío, y es la cama una nevera y tiene mucho miedo cuando el huracán resuena sobre los negros cañones de las altas chimeneas...

Lo que es Weyler, si el sufragio universal admitiera los votos de las mujeres ya casadas, ya solteras, iba a salir diputado cuando yo llegue a ser reina; ¡y cuidado que es difícil que yo llegue a esa grandeza...!

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

## EL AMOR Y LA MUERTE

En uno de los puntos más pintorescos de la costa de Bretaña, a un par de kilómetros de Concarneau, ese curiosísimo pueblo de marinos y fabricantes de conservas, de cuyo puerto salen diariamente, en verano, seiscientas velas, entre blancas, azules y rojas, para la pesca de la sardina; junto a la aldea de Beuzec, se alza en medio de un extenso parque amurallado el castillo de Kergolé, que fué residencia señorial de una de las familias más linajudas de la Bretaña y hoy se halla convertido en Museo provincial arqueológico y etnográfico, por disposición testamentaria de su última dueña la señora viuda de Morlán, que lo legó, para rehabilitación de la excedida memoria de su marido, al departamento de Finisterre, con la condición que se estableciese en el Museo una cuota de entrada a beneficio de los pobres de la jurisdicción, a quienes se distribuyen igualmente los rendimientos de los extensísimos huertos y tierras de labor que rodean el castillo.

Este es una verdadera joya del arte gótico.

Pero no se trata aquí de defender tan soberbio edificio ni las preciosas colecciones que encierra, sino de referir una dramática historia que a su recuerdo vá unida, y que el verano pasado oí de labios de un viejo bretón con quien visité el Museo.

El plazo fijado por la Asamblea legislativa para la repatriación de los emigrados sospechosos de conspiración contra la primera república francesa, había expirado.

Los bienes patrimoniales de la familia de Kergolé iban a ser convertidos en bienes nacionales.

¿Qué patriota iba a ser el primero en mostrar, con la adquisición de aquellos bienes, su confianza en la Revolución?

El ex-intendente de los marqueses de Kergolé era en la comarca el único plebeyo bastante rico para comprar la finca de sus antiguos amos.

Pero no se presentó.

No porque no tuviese ganas de adquirir en propiedad el castillo y las tierras que habían sido el origen de su fortuna, sino porque ante todo era hombre práctico y sabía conciliar sus entusiasmos con sus intereses.

Para realizar su propósito, el exintendente esperaba ocasión más propicia.

La primera subasta resultó desierta. Bajóse el tipo en un diez por ciento y tampoco hubo postor.

A la tercera, rebajado el tipo de subasta a menos de la mitad del valor real de la finca, el hombre creyó llegado el momento de hacer un acto de patriotismo, y compró el castillo de Kergolé con sus granjas, sus magníficos huertos y sus extensas tierras de labor. De intendente se convirtió en propietario.

Y desde aquel momento se dió aires de gran señor.

El país le pareció más grandioso, el panorama más risueño, el espectáculo todo de la naturaleza más apropiado a su nueva condición de castellano de Kergolé.

Abierto el corazón a la poesía de la vida, enamoróse de una linda muchacha de Quimper y la tomó por esposa.

Morlán frisaría en los cuarenta cuando se casó con Carlota Balty, que apenas había cumplido diez y siete.

Desde aquel momento el exintendente compartió su existencia entre su mujer y su fortuna.

A fuerza de exacciones llenaba sus arcas de oro, en tanto que la ternura de Carlota le llenaba el alma de felicidad.

Explotando a los lugareños, a quienes hacía trabajar mucho y pagaba poco, no tardó en aumentar el valor y rendimientos de la finca. Pero la satisfacción que esto le causara no podía compararse con la dicha que le proporcionaba la vida íntima del hogar, en compañía de su joven esposa, cuya hermosura y delicioso carácter mantenían su amor en una exaltación perenne.

Para ella quería acumular riquezas, y su ambición de dinero solo era comparable a su pasión por Carlota.

Pero asustada de los odios que su marido recogía con su oro, la joven castellana procuraba poner coto a la codicia y a las exacciones de Morlán.

El exintendente de los marqueses de Kergolé era el terror de la comarca.

Los pobres no se atrevían a recoger ni una rama seca en los extensos dominios donde antes les estaba permitido

hacer provisión de leña para el consumo de sus humildes hogares.

Aislada en el castillo con su esposo, Carlota abogaba constantemente por los pobres del lugar, procurando que se compadeciese de su miseria.

Morlán resistía a todas las súplicas de su compañera, encaminadas a la práctica de generosidades y larguezas, y continuaba oprimiendo y explotando a los pobres sin piedad y sin tregua.

—¡Pero no ves que creas en torno tuyo una atmósfera de odio que tarde ó temprano puede ser fatal!

Cuando esto le decía Carlota entre temerosa y tierna, su marido se encogía de hombros, contestando:

—Esa canalla nos devoraría si no la tuviésemos a raya.

Cruzaban la comarca murmullos de descontento; sordos rumores que partían de las chozas diseminadas por las colinas de Rospenden, daban la vuelta por los pueblos y aldeas de los contornos y parecían encerrar al castillo en un círculo de cólera, que amenazaba hacerse justiciera.

Carlota presentía alguna desgracia. Cuando salía con su esposo, ya no la saludaban los campesinos con las muestras de respeto y de simpatía de antes. Algunos aldeanos cedían el paso al carruaje de Morlán con tal lentitud, que parecían dispuestos a hacerse atropellar a fin de dar motivo a la rebelión para estallar de pronto como un incendio.

Un día Carlota modificó su frase habitual diciendo a su esposo:

—¡Pero no ves que por culpa tuya me aborrecen!

El marido reflexionó. Aquella idea pareció impresionarle profundamente.

—¿Qué temes?, preguntó a su esposa.

—Todo... ¡todo!... No me atrevo ya a salir.

—¡Ah! Si algún daño te hiciesen, pasaría yo la comarca a sangre y fuego!

El advenedizo señor se creía omnipotente.

—¿Con qué derecho?, le objetó su mujer con dulzura. Te haces ilusiones sobre tu poderío. Contra tus ambiciones de señor feudal están las leyes que te condenarían. Sé más bien caritativo y benévolo. Sé bueno, si no por tí, por tu esposa que tanto te ama y que teme una desgracia para los dos.

Aquella escena determinó un cambio en el carácter de Morlán.

Pero ya era tarde. Una conspiración de campesinos había llegado a una solución. Los conjurados habían decretado la muerte del ex-intendente de Kergolé. El que más agravios había recibido de él se encargó de ejecutar la terrible sentencia.

Era una clara mañana de Abril. El sol asomaba por encima de la cordillera de Pont-Aven con un calor suave que trocaba en tenues vapores el rocío de los campos.

Carlota tuvo el antojo de ir a dar un paseo a caballo; sintiese invadir por la anemia en las salas ojivales del castillo, y necesitaba aire libre y actividad vivificantes.

Morlán accedió gustoso.

Entonces era costumbre en Bretaña que el jinete llevase a la mujer en la grupa de su caballo. La conversación era así más fácil y más íntima, pues los senderos de los bosques eran demasiado estrechos para que las cabalgaduras pudiesen ir a dos de fondo.

La enamorada pareja volvía de su paseo, por una umbrosa senda de espeso bosque. El marido había sflojado las riendas del caballo, que iba al paso. La mujer apoyaba de vez en cuando la cabeza en el hombro de su esposo para escuchar ó decir alguna ternura.

De pronto, uno y otro divisaron a través de los matorrales la silueta de un cazador que les seguía con su sombra.

Carlota, inquieta, se incorporó para ver mejor.

Sin duda era el momento esperado por el desconocido, que no quería herir a la mujer, pues brilló en la espesura un chispazo seguido de una detonación.

El caballo se encabritó dando un relincho.

Carlota se agarró al cuerpo de su esposo, cuyas piernas adquirieron súbita rigidez.

El caballo salió a galope tendido en dirección al castillo.

—¿Estás herido?, preguntó ella, temblando, a su esposo.

Morlán no contestó.

—Yo he salido ileso, añadió la mujer, que había comprendido que el disparo fué contra ellos. Pero tú estás muy pálido. ¿Te hirió? ¿Contesta!

Morlán tampoco contestó esta vez.

Ella se asomó por encima del hombro para verle la cara.

El, sujetas las riendas con mano firme,

fijos los ojos, apretados los labios, parecía dominado por la idea de huir y llegar pronto al castillo.

De pronto Carlota dió un grito.

Acababa de ver una mancha de sangre en el costado de su esposo.

—¡Cielos! ¡Morlán!... exclamó alocada.

Morlán, mirando fijamente hacia delante, con los dientes muy apretados, las manos agarradas a las riendas y los pies a los estribos.

Aquella carrera desenfundada y lúgubre duró todavía cinco minutos.

Por fin el caballo se detuvo jadeante en el patio del castillo.

Entonces Carlota sintió desmayar en sus brazos el inanimado cuerpo de su esposo.

Una energía sobrehumana, un milagro del amor había hecho comprender en un instante a Morlán que el menor grito de dolor podía asustar a Carlota y ocasionarle una caída mortal.

La bala atravesó el corazón, pero el pensamiento imprimió al cuerpo una suprema voluntad. El amor sobrevivió a la vida, venciendo un instante a la muerte.

Juan B. Enseñat.

## Santa Teresa

El día de mañana, festividad de la Insigne Doctora, coincide con el aniversario de la terrible inundación de 1879, de tan inolvidable y triste recuerdo para los murcianos todos.

Veintitrés años se cumplen mañana noche, de aquella espantosa hecatomba, en que nuestra vega expléndida, quedó anegada por las aguas cenagosas de la avenida, que arrebató vidas y propiedades, dejando convertido en inmenso cementerio lo que antes fuera risueño paraíso y envidiado vergel.

Pero a la inundación de las aguas desbordadas, sucedió otra inundación de caridad: el clamor de nuestra desgracia encontró eco en el mundo entero y de todas partes vinieron socorros cuantiosos a remediar en lo posible tanto desastre y desventura tanta.

Muchos nombres de generosos protectores quedaron grabados para siempre en la memoria y en el corazón de los murcianos, mejor que en bronce y mármoles y de todos ellos, justo es consignar un recuerdo de gratitud imperecedera a D. José María Muñoz, a D. Manuel María de Santans, a D. Manuel María José de Galdo, a D. Eduardo Gasset y Artime, al rey D. Alfonso XII, a la prensa de Madrid y del mundo entero que tanto contribuyó a aquella explosión admirable de caridad cristiana y de santa filantropía.

Para todos ellos vive eterno nuestro agradecimiento, y en este aniversario de nuestro infortunio, precursor de su generosidad y amor al desvalido, elevamos a Dios una oración por el alma de aquellos bienhechores de Murcia y de su huerta.

Mañana celebran sus días, entre otras que no recordamos, las Sras. D.<sup>a</sup> Teresa Guirao de Díez, D.<sup>a</sup> Teresa Ruiz de Alcalá de Hernandez de Ariza, D.<sup>a</sup> Teresa Lopez de Ledesma, D.<sup>a</sup> Teresa Gimenez de la Fuente viuda de Girada, D.<sup>a</sup> Teresa Soriano de Guerrero, D.<sup>a</sup> Teresa Maceres de Escribano, D.<sup>a</sup> Teresa Ponce de León de Alcaráz, D.<sup>a</sup> Teresa Seiquer de Establier, D.<sup>a</sup> Teresa Sala de Arroniz, D.<sup>a</sup> Teresa Mendez viuda de Zenón, doña Teresa Blaya de Camacho, D.<sup>a</sup> Teresa Belda de Salvat, D.<sup>a</sup> Teresa Illán de Baeza.

Señoritas Teresa Gayá Nolla, Teresa Fontes Alemán, Teresa Fontes Stárco, Teresa Ruiz Almansa, Teresa Tuero Rodríguez, Teresa Barnuevo Sandoval, Teresa Carbalceta Guirao y Teresa Sanchez Ledesma.

A todas ellas enviamos por adelantado nuestra más cordial felicitación.

## Los obreros sombrereros

REMITIDO

Sr. Director de EL CORREO DE LEVANTE.

Muy señor mío: Sirviéndome de lema su imparcialidad en todos los asuntos que se relacionan con los societas de esta capital, comunico a usted con vivo interés, seguro de su publicación en el periódico que tan dignamente dirige, las bases establecidas con el patrono don Manuel Sierra Martínez, de esta capital.

